Luzzloirán

Un luminoso firmamento sin sol difuminaba, de un horizonte a otro, franjas en toda la gama de colores que va del azul fruta del tormento al rojo sangre humana. Ahora podían verse todos. Mirando hacia Zubí, el cielo aparecía con un color azul intenso, mientras que si se dirigía la vista al lado opuesto, hacia la Playa de la Partida, el horizonte se teñía de un profundo rojo escarlata. Otras veces no era así, otras veces el cielo era en su mayoría azul o rojo, con una intensidad que se acentuaba hacia el centro de la gran bóveda y se atenuaba en los bordes. Era en esas ocasiones cuando sucedían cosas extrañas. Cuando el aire se tintaba de esa neblina azul es cuando se producían las llegadas y las apariciones, tanto de seres como de extraños objetos e ingenios que nadie había visto nunca antes ni sabía cómo utilizar. Era peor aún cuando el cielo estaba todo rojo. Entonces todas las especies de Luzzloirán, tanto los humanos como los elfos, los dragones, los gigantes, los orcos, los brujos o los nigromantes preferían quedarse refugiadas en sus guaridas. Porque en esos casos es cuando se producían las desapariciones. Y es por ello que los habitantes de este mundo de Luzzloirán vivían siempre pendientes de los imprevisibles cambios de las tonalidades del cielo. Nadie sabía cuándo se iban a producir y aunque cuando los colores empezaban a cambiar había tiempo para guarecerse, era de buen criterio apresurarse y no tentar a la suerte.

Meshal, el mago, asomó la cabeza por la ventana de la extraña casa ovoidal en la que se había refugiado y contempló desmoralizado, una vez más, aquel cielo sin sol ni luna ni estrellas, ni tan siquiera nubes. Suspiró. Echaba de menos su Dirthea natal, con sus amaneceres y sus puestas de sol, sus lluvias, sus días calurosos y sus noches estrelladas. Por el camino que bordea la ladera de su pequeña atalaya, vio pasar a un nutrido grupo de jóvenes elfos que se dirigía al cercano poblado de Zubí. Como siempre, iban haciendo sus elásticas cabriolas y parloteando sin cesar, en ese lenguaje cuyo sonido recuerda al roce de las hojas de los árboles movidos por el viento. Decidió imitarles y acercarse también al pueblo para informarse de las novedades y conseguir provisiones.

Zubí, de la provincia de Sinsol, en el perdido mundo de Luzzloirán, es un poblado pequeño pero muy concurrido. Salvo en los períodos peligrosos, sus retorcidas calles empedradas acogen un mercado casi permanente, cuyos comerciantes despliegan sus mercancías en tenderetes que colocan justamente delante de sus seguros refugios. Cuando el mago llegó al pueblo, las calles ya se encontraban atestadas de una variada y colorida multitud de especímenes de todas clases y procedencias. En uno de aquellos puestos, una descomunal dragona de color rojo pasión negociaba con un comerciante el trueque de unas lembas a cambio de unos hechizos de amor. Debido a su gran tamaño, la dragona taponaba practicamente todo el paso y se estaba formando un gran atasco de transeuntes y carromatos.

—Saca tu gordo culo de enmedio —le gritó un feo orco que llevaba un sospechoso saco en el hombro.

Ragia, la dragona, le dedicó una suspicaz mirada con sus ojos color rojo infierno y el orco desapareció rapidamente entre la multitud. Meshal, que pasaba por allí y ya conocía a la dragona porque habían sido amantes recientemente, oyó la queja e hizo un gesto con su mano derecha. Al momento la enorme bestia quedó reducida a un grácil tamaño mucho más cómodo para todos. Entre la multitud, un pequeño muchacho con la cara sucia, puso los ojos como platos al observar la escena. Agradecida, la dragona

dirigió un ardiente guiño al mago, cuya sangre se elevó ligeramente de temperatura, y es que, pese a su aparente ferocidad, aquella flamígera serpiente alada tenía unos bellos y cautivadores ojos. Luego, Ragia volvió a centrar su atención en el comerciante.

—Entonces, tres lembas por tres hechizos de amor y dos llamadas de auxilio si te atacan en el camino, es mi última oferta —dijo la dragona, tajante. El comerciante aceptó con resignación. —Es un género muy bueno —dijo, mientras le daba un envoltorio de hojas frescas con las lembas— traído expresamente de las ciudades élficas del bosque.

La cuidada y fina garra de afiladas uñas de la dragona depositó tres hechizadas bolas rosáceas en la mano del comerciante. Luego cogió el paquete y, ayudada por sus ahora reducidas alas, alcanzó de un salto al mago que se alejaba entre la multitud.

—Gracias por la ayuda. Eres un gran mago y además muy guapo.—le dijo con voz aduladora. Pero Meshal no estaba muy conforme.

—¡Bah! No es nada. ¿Qué magia hay en simples trucos?. Ves, ahora crezco —dijo mientras con un ligero gesto crecía dos palmos— ahora menguo. Ahora desaparezco —desapareció— ahora vuelvo a aparecer —un gato cercano dio un brinco, espantado por la aparición súbita del mago.— No hay ninguna magia, cualquiera lo puede hacer si conoce el truco. La verdadera magia es otra. Carros que andan y vuelan sin animales que tiren de ellos. Cajas para hablar a grandes distancias. Máquinas para escribir libros. Incluso hay magos que saben escribir libros y no sólo leerlos. ¿Conoces a algún ser que pueda hacer todo eso?

Ragia iba a contestar cuando oyeron una voz infantil a sus espaldas.

—Yo sí, señor. —Ambos se volvieron. El rapazuelo humano les había estado siguiendo sin que lo notaran. —En el último cielo azul apareció un humano distinto a todos los de aquí. Dice venir de un mundo donde hay todo eso de que habláis. Máquinas voladoras y seres mecánicos que tienen vida propia.

El mago interesado, se acercó hasta él.

—Muy bien, hombrecito y ¿dónde dices que está ahora ese nuevo mago?

—Te lo diré si me coges como aprendiz, quiero ser mago. —la convicción con que hablaba el pequeñajo sorprendió a Meshal.

—Vaya, debes ser muy valiente. —le replicó.

—Salvo la oscuridad no le tengo miedo a nada. —contestó el rapaz.

No era cuestión de andar regateando cuando había cosas tan importantes por descubrir, así que Meshal aceptó.

—De acuerdo, llévame hasta él y luego serás mi discípulo.

—Está en la Torre de la Adivina, necesitaremos un transporte para llegar hasta allí. —dijo mirando a la dragona.

—No me apetece nada volver a encontrarme de nuevo con ese dragón de tres cabezas y seis personalidades infantiloides que está con la adivina. —dijo Ragia, mientras Meshal la devolvía a su tamaño natural— pero creo que podré soportarlo.

La Torre de la adivina Quité se encontraba en las Tierras Altas, más allá del río Dondirás y el páramo Novolrás. Vigilando la alta torre, encaramado en la balconada como si fuera una estatua más de las que la adornaban, se encontraba Sinsontes, el dragón de tres cabezas. Sinsonizda, la cabeza izquierda, un auténtico galán, estaba enzarzada con Sinsentro, más tímido, en una sesuda discusión sobre el amor, mientras que Sinsodecha se encontraba echada sobre la muralla, ensimismada en pensamientos metafísicos avanzados y mirando a la lejanía. Fue la primera que vio llegar a la dragona con sus pasajeros. Las otras notaron que algo sucedía y dirigieron sus miradas en la

misma dirección. En el cuerpo del dragón hubo un momento de sucesivas descargas emocionales pues hacía tiempo que las tres cabezas, cada una a su manera, estaban enamoradas de la dragona. Fueron unánimes en poner esmero para ayudar a aterrizar a Ragia y a desmontar a los visitantes. Sinsonizda dirigió a Laila un gracioso "Ecantando de verte, querida. Cuanto tiempo desde la última vez", mientras que Sinsocentro se ruborizó hasta las orejas y no se atrevió a dirigir palabra. Sinsodecha comenzó con un "Bienvenida, cuando quieras podemos continuar con las clases sobre la Química de los fuegos sulfurosos…" Ragia, por su parte, les dirigió un fugaz "Hola chicos, ¿qué hay de nuevo?" y a continuación les ignoró completamente. Los tres visitantes cruzaron el amplio patio de la terraza y se dirigieron a los grandes portalones decorados que daban acceso al interior de la torre.

Frente al trono de la adivina, rodeado por una multitud de curiosos y ayudado por un dragón intérprete, el recién llegado estaba explicando cómo en medio del fragor de la batalla aérea su avión, y volvió a explicar por enésima vez a los presentes lo que era un avión, había sido alzcanzado por proyectiles enemigos y se precipitaba en barrena hacia el océano cuando, de improviso, vio una luz cegadora y quedó atrapado en una vorágine azul, perdió el conocimiento y —*voila* —dirigió una amplia sonrisa a los recién llegados.

Ragia se quedó hechizada: aquel acento francés, aquella cazadora ajustada, aquél gorro de cuero con sus gafas de aviador, ese ámplio mostacho y ese porte desenvuelto y socarrón.— *Oh, lá, lá* —pensó.

Meshal, que escuchó maravillado la narración, se acercó para poder hablar con aquel gran mago. Estaba intentando convencerle de acordar una cita para intercambiar conocimientos, cuando comenzó a hablar Quité, la adivina. Hablaba un élfico extraño.

—ai láurië lántar lás-si súúrinen iééni uunóótime ve ráámar áldaron…

Una dragona intérprete que estaba a su lado traducía simultaneamente a la lengua común de Luzzloiran.

—Zul ed oyar un ne ajaiv euq odnum nu se Nariolzzul...

Y otro dragón intérprete, al lado de la dragona intérprete, invertía la traducción para que fuera inteligible.

—Luzzloirán es un mundo que viaja en un rayo de luz…

"…en un tiempo que no es tiempo, por un espacio infinito. Todo el que entra en nuestro mundo abandona su tiempo y su mundo y ya no puede regresar, porque si regresara, aunque ciertamente volvería al mismo tiempo que dejó, no volvería a su mundo, sino a otro muy distinto.

Os presento a François, un rayo de luz le atrapó y no puede regresar. —y luego, dirigiéndose a él, dijo— Sé bienvenido. Como solemos hacer, te acompañará un voluntario para orientarte en las particularidades de este mundo."

Inmediatamente se adelantó Ragia.

—Yo haré de guía para el novato. Quiero decir, si me acepta, claro está.

—Acepto encantado —dijo dirigiéndose hacia ella — *mademoiselle*, la ilusión de mi más tierna infancia era pilotar dragones. Luego la perdí. Pero creo que la he vuelto a encontrar. —mientras lo decía le cogió tiernamente la fina y cuidada garra y se la besó.

—*Oh, lá, lá* —dijo ella, coqueta.

Nota para novatos en dragones: Es sabido que los dragones dominan todas las lenguas conocidas y por inventar, por lo que suelen ser los preferidos como intérpretes.